

# Sobre el *ethos* en *Diario de un escritor burgués*, de Francisco Umbral

José Ramón González  
Universidad de Valladolid

No es necesario ser un experto en la obra de Francisco Umbral, ni siquiera es preciso conocer en profundidad la bibliografía crítica y académica sobre su ingente producción literaria (porque todo es *literatura* en Umbral), para entender que la cuestión de la imagen del autor y la construcción consciente de un personaje público – de una *persona* en un sentido etimológico, es decir, de una máscara - reconocible para los muchos lectores de sus artículos y sus novelas fue un asunto importante para él. Su esfuerzo para consolidar una imagen de autor, para dibujar ese personaje público y encarnarlo en el escenario que ofrece la literatura como institución social no tiene casi parangón en la literatura española y tendríamos seguramente que remontarnos a Valle-Inclán y a Larra, más en la lejanía, para encontramos con una puesta en escena equiparable. Su afán por proyectar una imagen pública, su interés por ser conocido y reconocido como un autor singular y original, consumieron, sin duda, una parte importante de su energía creativa, que no solamente se volcó en la escritura, sino en la construcción de una *figura*, y en su mantenimiento a lo largo de los años. Esto nos acerca a lo que Jérôme Meizoz ha denominado la “postura” del escritor, que ha definido someramente como “la presentación de sí mismo de un escritor” (tal vez nosotros podríamos hablar más bien de auto-presentación o incluso de autorrepresentación). Presentación que se hace evidente o se manifiesta tanto en la gestión de su discurso por parte de un escritor como en su conducta literaria pública (su accionar en el campo literario).<sup>1</sup> Esta postura, se apresura a precisar Meizoz, “no es solamente una construcción autorial, ni una pura emanación de un texto, ni una simple inferencia de un lector”, sino un algo mucho más complejo que surge de la interacción de numerosos factores. Como él mismo señala: “elle est co-construite, à la fois dan la texte et hors de lui, par l’écrivain, les divers médiateurs qui la donnent à lire (journalistes, critiques, biographes, etc.) et les publics” (2009, 2). Y añade:

Image collective, elle commence chez l’éditeur avant même la publication, cette première mise en forme du discours. On la suivra dans toute la périphérie du texte, du péri-texte (présentation du livre, notice biographique, photo) à l’épi-texte (entretien avec l’auteur, lettres à d’autres écrivains, journal littéraire). La posture se forge ainsi dans l’interaction de l’auteur avec les médiateurs et les publics, anticipant o réagissant à leurs jugements. (2009, 2)

---

<sup>1</sup> En esta primera sección, de orden más teórico, reutilizo algunas de las cosas ya incluidas en mi trabajo “El *ethos* del poeta. Sobre *Memorias del estanque*, de Antonio Colinas”, recogido en el libro *Antonio Colinas de la poesía al ensayo*, ed. de Juan Matas Caballero y Antonio-Odón Alonso Ramos. La Bañeza, La Casa de la Poesía, 2023, 269-282

Por lo tanto, “étudier une posture [...] c’est aborder ensemble (et croiser ces données avec la prudence requise) les conduites de l’écrivain, l’*ethos* de l’inscripteur et les actes de la personne”. (2009, 2)

En este sentido, identificar la postura del escritor obliga a trabajar en diferentes niveles y con distintos materiales, y exige un conocimiento detallado y pormenorizado de la obra del autor, de su trayectoria en el campo literario y en el campo intelectual, y de la recepción de su trabajo por parte del público y de la crítica, por apuntar lo que sería una exigencia de mínimos. De ahí que para alguien que no es especialista en la obra de Francisco Umbral resulte difícil –y seguramente impertinente (o inapropiado)- plantearse un objetivo tan ambicioso. Sin embargo, esta tarea se vuelve abarcable si reducimos ligeramente el campo de visión y nos ceñimos al concepto o a la noción de *ethos*, que, como hemos visto, para Meizoz se subsume en la más amplia de “postura”. La ventaja que supone centrarnos en el *ethos* reside en el hecho de que en la reformulación de este concepto –que tiene sus raíces en la retórica clásica y en la obra de Aristóteles- realizada por los estudiosos del discurso en los últimos años (y muy especialmente por Dominique Maingueneau, su principal valedor -2004, 2010, 2022-, o por Ruth Amossy -2010) se trata de un hecho discursivo, que se re-construye a partir del propio texto, sin referencia obligada a otras obras y sin acudir necesariamente al recurso de la información externa, contextual o circunstancial. Y aunque para complicar un poco más las cosas tanto el propio Maingueneau como Ruth Amossy han hablado también de *ethos* prediscursivo o *ethos* previo (haciendo referencia a la imagen que el lector tiene previamente del escritor o del locutor de un texto y que lleva consigo como pertrecho de lectura), podemos postular la existencia del *ethos* como algo que emana directamente de la obra estudiada y que emerge en el proceso de lectura. Este consistiría en la imagen del locutor (o del autor) que se infiere de su discurso (por lo que se dice, por lo que se omite y por lo que se *hace* al decir de cierta manera) y que influye directamente en la respuesta del lector o del receptor (propiciando su adhesión). Maingueneau (2010) ha señalado en este sentido tres principios básicos:

-El *ethos* es una noción discursiva, se construye a través del discurso, no es una “imagen” del hablante exterior a la palabra.

-El *ethos* está profundamente vinculado a un proceso interactivo de influencia de otro.

- Es una noción (socio/discursiva) fundamentalmente *híbrida*, un comportamiento socialmente evaluado, que no puede ser aprehendido al margen de una situación de comunicación precisa e integrada a una determinada coyuntura socio-histórica. (209)

Conviene añadir que esa vinculación textual o discursiva, ese anclaje en lo verbalizado y en lo sobreentendido, supone o implica que hablemos del *ethos* como algo particular o propio de cada texto analizado, sin que resulte adecuado postular un *ethos* único para un autor, porque eso nos llevaría de nuevo al concepto, más abarcador, de “postura” (en cuya construcción crítica es rentable el conocimiento de la imagen que proyectan en

sucesión temporal los diferentes textos/discursos agrupados bajo la firma de un autor – es decir los *ethes* reconstruidos a partir de sus obras).

Con estas pocas ideas como aparataje conceptual, que he resumido de forma apresurada y un tanto simplista, pretendo acercarme a una de las obras de Umbral, *Diario de un escritor burgués*, publicada en 1979 y que precisamente por presentarse como un diario entra de lleno en el territorio de lo autobiográfico. Me interesa aquí y hoy analizarlo en su especificidad para explorar cuál es la imagen del autor que se desprende de su lectura (con la cautela, eso sí, de saber que en el territorio de la interpretación todo es discutible y el *ethos* se postula, en el mejor de los casos, como mera hipótesis, mejor o peor fundada).

Pero antes de adentrarnos en el texto, hay que recordar que *Diario de un escritor burgués* se publica en un momento en el que Francisco Umbral, que está a punto de cumplir 47 años en la fecha de publicación del libro, ha conseguido abrirse camino y consolidarse en el campo periodístico y literario español. Es en esos años un escritor conocido, que publica dos artículos diarios en diferentes periódicos y que ha consolidado su imagen como responsable de una columna publicada en el diario *El País* que llevaba como título “Diario de un snob”. Y a ello se le sumaban las innumerables colaboraciones en revistas de todo tipo, las entrevistas en los diferentes medios de prensa, las colaboraciones como crítico de arte, y también, y muy especialmente, su sostenida presencia social en eventos y actividades de todo tipo. Umbral se mueve -casi apetece decir “se desliza”- por los ambientes más variados: desde las fiestas de las socialités más glamurosas, hasta los círculos políticos, los ambientes literarios más o menos bohemios, el mundo del cine, el teatro y las variedades, e incluso incursionando puntualmente en los turbios territorios de la más refinada canalla social. Son años casi frenéticos, de presencia pública constante, que además es relatada -exhibida-, con sus dosis de medida ficción, en sus propios artículos y colaboraciones periodísticas (y también, por supuesto, en las entrevistas). Para un lector de la época, conocedor superficial de su trabajo y que se orientara fundamentalmente por la lectura de sus artículos periodísticos y sus apariciones mediáticas, la imagen del autor tendría que ser seguramente la del escritor un tanto frívolo, que ejercía el dandismo como vocación, y que cultivaba la imagen de alguien que caminaba por el borde incierto que separaba lo apocalíptico de lo integrado, recurriendo en este caso a la dicotomía avanzada por Umberto Eco en su conocido libro de 1964. En este sentido, para alguien que se acercará en 1979 al libro recién aparecido, *Diario de un escritor burgués*, esa posible imagen constituiría lo que antes he denominado, siguiendo a los estudiosos del discurso, el *ethos* previo, la imagen que como lectores llevaríamos a la lectura. Ahora bien, esa imagen contrasta de partida con la que traslada el propio título de la obra, porque no es diario de un escritor *bohemo*, ni diario de un *dandi*, ni diario de un *snob*, sino de un *escritor burgués*, y esa caracterización, que forma parte del *ethos* dicho, en la terminología Maingueneau, apunta de partida a una posible divergencia respecto a la posible imagen que el lector pudiera haberse hecho del escritor. Claro está que el propio Umbral desmonta en el texto una lectura exclusivamente literal del título de su libro:

Me pasa siempre. Hasta que no tengo el título no sé exactamente lo que quiero hacer. A veces he dicho que hago un libro para llenar un título. El título me da la imagen completa del libro, aunque -a veces ocurre- no tenga nada claro que ver con este.

Y añade a continuación:

Por ejemplo, “Diario de un escritor burgués”. Es un título irónico, claro, donde me burlo de lo que tengo y lo que no tengo de burgués. Como “Memorias de un niño de derechas”. O “Retrato de un joven malvado”. Ni de derechas ni malvado. Título a veces por ironía más que por precisión. “Los burgueses debemos suicidarnos como clase”, dijo alguien. Yo bien suicidado estoy. Ya veo que este diario va a oscilar entre el lirismo intimista o preciosista (experimentalista) y la pura anotación mundana, periodística o política, como la cena de Nacha y lo que está pasando hoy en España. (37)

Y más adelante encontramos una nueva referencia a su condición de burgués:

El éxito es un desorden, además de un equívoco. El éxito es un desorden y uno se siente hundido en el desorden de los requerimientos, y uno no llega ya a distinguir lo que es admiración de lo que es interés de lo que es cariño de lo que es comprensión de lo que es prostitución. Hay que salir a tiempo de la charca, porque así es como el éxito ha matado a muchos. Claro que lo más vil de todo es querer salvarse. ¿Salvarse para qué? La prudencia previsora del que se salva es repugnante, pero hay en mí -siempre lo he dicho- un pequeño burgués que cree en el trabajo de cada día, ordenado y bien hecho. (191)

Estas afirmaciones modulan y matizan aquello que como lectores podríamos suponer como propio de un escritor que se define como “burgués”, pero, al mismo tiempo, parecen reforzar la idea de que lo burgués, como cabría esperarse, no se define en su caso por una serie de valores o convenciones más o menos fosilizadas -una serie de prejuicios de clase-, sino más bien por una rigurosa ética del trabajo. Es como si Umbral, consciente de la imagen pública que proyectaba y que se imponía en la conciencia de su público, se cuidara de subrayar que bajo la frivolidad aparente se oculta un esfuerzo sostenido, ordenado y bien hecho, como él mismo se ocupa de precisar. En este sentido la imagen previa, y la imagen que emana de lo dicho entran en conflicto y el *Diario de un escritor burgués* puede contribuir a modificar, o al menos matizar, la imagen pública, la *figura* de la que hablaba Meiroz. El libro sería así, entre otras muchas cosas, un intento de corregir juicios previos y de reivindicar su seriedad y su rigor como escritor. Pero si esta fuera la conclusión final de esta reflexión, habría sido un viaje con demasiadas alforjas para tan escasos resultados. Porque lo más interesante, en mi opinión, no es el contraste entre el *ethos* previo y el *ethos* dicho, sino la dimensión que añade a la dinámica discursiva de este libro en particular lo que podríamos denominar como el *ethos* mostrado. Es decir, aquella imagen que no surge

solamente de lo que dice el texto (de lo que su autor afirma), sino de lo que de lo que su autor *hace* en su texto. Y si atendemos a esa dimensión, que no debe ser excluida, descubriremos que la imagen que tras la lectura se impone en la conciencia de quien se ha acercado a este libro -el *ethos* que emerge en el discurso- no es ya la del escritor frívolo y snob, ni la del escritor burgués, sino esencial y preferentemente la de un autor cuya vocación primera y definitiva es la de la poesía (esa sería su razón última como escritor). Y esta es una caracterización que es dicha por el autor, que se define, ante todo, como poeta, pero que se muestra igualmente a través de una escritura en la que la noticia de lo cotidiano -lo propio de un diario- se incorpora, e incluso se diluye (y a la vez se enriquece y se ensancha), en un discurso que se inclina abiertamente hacia un lirismo acendrado, de alto voltaje. En un momento dado, Umbral escribe en este diario por extenso:

La relectura de “Ocnos”, que anoté aquí el otro día, me devuelve con una fuerza estimulante al poema en prosa, a la poesía pura, que es puro contacto con el mundo, entrechoque desnudo de alma y vida, de cuerpo y luz, no otra cosa. El ámbito de estos encuentros es el lenguaje. He hecho algún libro que quiere ser todo él puro y mero poema en prosa, aunque los críticos (otra vez los críticos) lo hayan malentendido como novela. Sobre todo “Mortal y rosa”. En este diario íntimo supongo que también hay bastante poema en prosa, aunque he querido entreverarlo de anotación cotidiana y calendario de las gentes, como debe ser un diario. Pero, realmente, no hay género en el que me encuentre más a gusto que la poesía, y sobre todo la poesía en prosa, que, como anotaba yo aquí el otro día, no obliga a nada, como el verso, y por eso mismo obliga a mucho más, obliga a todo. El verso, en din de cuentas, es un recurso. (134).

Y añade todavía a continuación:

Porque además resulta que en el poema en prosa hay que hacer versos, pero sin que se noten.

En mis libros, en mis artículos, en mis cuentos, incluso en mis reportajes, *siempre flota un poema en prosa, resuelto o no. Si no veo el poema, no veo nada: ni siquiera la noticia* [el subrayado es mío]. (135)

Gran parte del libro puede leerse entonces como un ejercicio poético, como un prolongado y sostenido poema en prosa (o una sucesión de poemas en prosa o de prosas poéticas, porque no importa demasiado la terminología que empleemos). Y, en cierto modo, esta imagen que surge de la lectura se sobrepone a la que el título del libro había elegido -la del “escritor burgués”- pero no para contradecirla o anularla, sino para matizarla y enriquecerla. Y de esta forma, un libro aparentemente menor, como *Diario de un escritor burgués*, viene a corroborar fehacientemente aquello que seguramente ya sabíamos desde siempre, pero que a veces parece que olvidamos: que la escritura plural y proliferante de Francisco Umbral responde en última instancia a una razón que la

unifica y la justifica, y esta es la razón poética. El *ethos* de un texto como el que hemos analizado nos permite descubrir que, más allá de lo dicho o de lo afirmado, Umbral escribe siempre en modo de poeta, y esa es la imagen que acaba imponiéndose ante el lector, ocultando otras representaciones aparentemente más llamativas, pero que en el fondo responden a intereses de proyección pública que poco, o casi nada, tienen que ver con la literatura propiamente dicha.

### Bibliografía

Amossy, R. (2010). *La présentation de soi. Ethos et identité verbale*. Paris, Presses Universitaires de France.

Maingueneau, D. (2022). *L'ethos en analyse du discours*. Louvain-la-Neuve, Éditions Academia.

Maingueneau, D. (2010). El enunciador encarnado. La problemática del *ethos*. *Versión*, 24, 203-225.

Maingueneau, D. (2004). *Le discours littéraire: Paratopie et scène d'énonciation*. Paris, Armand Colin.

Meizoz, J. (2007). *Postures Littéraires. Mises en scène modernes de l'auteur*. Ginebra, Slatkine Érudition.

Meizoz, J. (2009). Ce que l'on fait dire au silence: posture, *ethos*, image d'auteur. *Argumentation et Analyse du Discours*, 3, 1-11. <http://journals.openedition.org/aad/667>

Umbral, Francisco. (1979). *Diario de un escritor burgués*. Barcelona, Destino, 1979.